

rápidas marchas, y en organizar lo mejor posible la artillería, por que hasta entonces no se habian podido reunir en aquel punto mas que cuarenta piezas de campaña.

El día 11 se vió llegar al cuartel general á uno de los generales mas distinguidos de aquella época, á Desaix, que igualaba acaso á Moreau, á Massena, á Kleber y á Lannes en talentos militares, pero que eclipsaba á todos por las raras perfecciones de su carácter. Venia de Egipto, donde Kleber acababa de cometer faltas políticas que pronto tendremos el sentimiento de referir; faltas que Desaix habia procurado inútilmente evitar, y de cuyo triste espectáculo quiso apartarse regresando á Europa. Por lo demás estas faltas fueron despues gloriosamente reparadas. Detenido Desaix cerca de las costas de Francia, se habia visto tratado por los ingleses de una manera odiosa. Llegaba indignado y ansioso de vengarse con las armas en la mano. Amaba al primer consul apasionadamente, y enternecido este por un afecto tan noble y desinteresado le correspondia con la amistad mas entrañable que profesó á persona alguna en toda su vida. Pasaron juntos toda una noche refiriéndose los sucesos de Egipto y de Francia, y el primer consul le confirió en el acto el mando de las divisiones de Monnier y Boudet reunidas.

Al día siguiente 12 de junio, sorprendido el general Bonaparte de no ver aparecer á los austriacos, no pudo menos de concebir algunos temores. Admirado de que en situacion semejante vacilase Mr. de Melas, perudiese tiempo y dejase que se le cerraran todas las salidas á su alrede-

dor, dijose á sí mismo, juzgando mas de lo que debiera de las ideas de su adversario por las suyas propias, que Mr. de Melas no habia podido perder un tiempo tan precioso, y que sin duda se habia escapado, ya subiendo hácia Génova, ya pasando el Pó superior para forzar el Tessino. Cansado de esperar, abandonó en la tarde del día 12 su posicion de la Stradella, y avanzó al frente de todo el ejército hasta la altura de Tortona. Dispuso el bloqueo de esta plaza, y estableció su cuartel general en Voghera. En la mañana del 13 pasó el Scrivia, y desembocó en la inmensa llanura que se estiende entre el Scrivia y el Bormida, la cual solo se conoce hoy con el nombre de llanura de Marengo. Esta era la misma en que muchos meses antes le representaba su imaginacion previsoramente una gran batalla con Mr. de Melas. En este punto se halla el Pó bastante separado del Apenino, dejando vastos espacios, por entre los cuales deslizan el Bormida y el Tanaro sus corrientes menorrápidas, que confundiéndose cerca de Alejandria, van á desaguar en seguida en el cauce del Pó. Prolongándose el camino al pie del Apenino hasta Tortona, se separa de allí á la altura de esta plaza, tuerce á la derecha, pasa el Scrivia, y desemboca en una vasta llanura. Atraviésala primero por una aldea llamada San Giuliano, pasa por otra llamada Marengo, y por último atravesando el Bormida va á parar á la célebre fortaleza de Alejandria. «Si el enemigo quisiera seguir la carretera de Plasencia á Mantua, me aguardaria en este sitio, se dijo á sí mismo el general Bonaparte; aqui tendria grandes ventajas su numerosa artillería y brillante caballería, y



pelearia con todos sus recursos reunidos». Hecha esta reflexion, para confirmarse mas en sus conjeturas, mandó el general Bonaparte á la caballeria ligera que esplorase el campo, pero esta no halló ni un solo destacamento austriaco. Hacia la caida de la tarde, envió adelante hasta Marengo al cuerpo del general Victor compuesto de las divisiones de Gardanne y Chambarlhac. Hallábase en aquel punto un destacamento, el de O'Reilly, el cual despues de haber defendido por un instante el pueblo de Marengo, le abandonó en seguida y volvió á pasar el Bormida. Un reconocimiento mal practicado, dió lugar á creer que el enemigo no tenía sobre aquel rio puente alguno.

A vista de todas estas señales ya no abrigó la menor duda el general Bonaparte, creyendo que se le habia escapado Mr. de Melas. De seguro no hubiera abandonado el llano, y mucho menos la aldea de Marengo, que forma su entrada, si hubiese querido atravesarlo para dar una batalla y hacerse dueño del camino de Alejandria á Placencia. Engañado por esta reflexion tan exacta, dejó al general Victor con sus dos divisiones en Marengo; escalonó á Lannes en el llano con la division de Watrin; y corrió á su cuartel general de Voghera, para adquirir noticias del general Moncey establecido sobre el Tessino, del general Duhesme situado sobre el Pó inferior, y averiguar de esta suerte el paradero de Mr. de Melas. En su cuartel general debian reunirse varios oficiales de estado mayor, despachados de todos aquellos puntos; pero habiendo salido de madre el Scrivia, tuvo que detenerse afortunadamente en Torre-di-Garofolo. Las noticias llega-

das del Tessino y del Pó aquel mismo dia anunciaban un reposo completo. Mr. de Melas nada habia intentado por aquel lado. ¿Cuál podia ser su paradero?... El general Bonaparte creyó que habria subido hacia Génova por Novi, á fin de pasar al valle del Trebia y caer sobre Cremona. Parecia en efecto que no hallándose en Alejandria, ni en marcha hacia el Tessino, no podia haber adoptado otro partido. Tambien se podia suponer que imitando el ejemplo de Wurmser en Mantua, iria á encerrarse en Génova, donde apoyado por los ingleses y con una guarnicion de cincuenta mil hombres tendria medios de prolongar la guerra, y en esta persuasion mandó el primer consul á Desaix que solo con la division de Boudet se encaminase hacia Rivalta y Novi, porque en efecto por este último punto debia pasar Mr. de Melas para dirigirse desde Alejandria á Génova.

Sin embargo, guiado de un feliz presentimiento, dispuso que quedase de reserva en el cuartel general la division de Monnier que era la segunda de Desaix, y atendió á todo en cuanto le fué posible, dejando á Victor en Marengo con dos divisiones, á Lannes con una en la llanura, y á Murat á sus flancos con toda caballeria. Estrañeza debe causar la dispersion de las tropas francesas, si se medita en su distribucion general en aquel momento, esparcidas parte de ellas sobre el Tessino, parte sobre el Pó inferior y el Adda y parte sobre el camino de Génova; empero esto era consecuencia forzosa de la situacion general y de las circunstancias del dia.

En la tarde del 43, vispera de una de las grandes jornadas de la historia, pernoctó el ge-



neral Bonaparte en la aldea de Torre-di-Garofolo, y se quedó dormido esperando las noticias del siguiente día.

Durante este tiempo reinaba gran confusión en Alejandria. El ejército austriaco estaba desesperado. Acababa de reunirse un consejo de guerra en el que no se había adoptado ninguna de las resoluciones que temía el general francés. Hubo opiniones acerca de retirarse por el Pó superior y el Tessino, ó de encerrarse en Génova; pero los generales austriacos, á fuer de valientes, prefirieron seguir los consejos del honor. Despues de todo, decian, hace 18 meses que peleamos como buenos soldados; habíamos reconquistado la Italia, y marchábamos sobre las fronteras de Francia hácia las cuales nos empujaba nuestro gobierno; ayer todavia nos daba órdenes para dirigirnos allí, á él correspondía advertirnos del peligro que amenazaba nuestra retaguardia. Si ha habido algo de malo en nuestra situacion, á nadie mas que á él debe achacarse la culpa. Todos los medios propuestos para evitar un encuentro con el ejército francés, son complicados, difíciles y azarosos; solo nos queda un recurso sencillo y honroso y es el de abrirnos el paso. Mañana mismo es necesario que nos hagamos camino á costa de nuestra sangre: Si triunfamos, ganaremos despues de una victoria el camino de Plasencia y de Mántua, y si quedásemos vencidos, despues de haber cumplido con nuestro deber, la responsabilidad de nuestro desastre, no pesará seguramente sobre nosotros.

No habia imaginado el primer consul que se pudiera perder tanto tiempo en deliberar en se-

mejantes circunstancias; pero nadie le igualaba en la prontitud de sus determinaciones, y la posición de Mr. de Melas era demasiado crítica para no perdonarle las crueles perplejidades que retardaban su resolucion definitiva. Al adoptar el general austriaco el partido de dar una batalla, se condujo como soldado lleno de honor, pero se le podía censurar por haber dejado veinte y cinco mil hombres en las plazas de Coni, Turin, Tortona, Génova, Acqui, Gavi y Alejandria, especialmente despues de las pérdidas que acababa de tener el general Ott en Montebello. Con veinte y cinco mil hombres en las plazas, tres mil en Toscana y doce mil entre Mántua y Venecia, quedabanle á lo sumo cuarenta mil hombres que poder presentar en el campo de batalla donde iba á decidirse la suerte de la guerra. He aquí en lo que habia venido á parar aquel brillante ejército de ciento veinte mil hombres que al principio de la campaña habia de forzar las fronteras meridionales de la Francia. Cuarenta mil habian perecido, cuarenta mil se hallaban diseminados y cuarenta mil iban á lidiar para libertarse de las Horcas Caudinas; pero estos últimos contaban con una numerosa caballeria y doscientas piezas de artilleria.

Quedó resuelto que á la mañana siguiente desembocaria todo el ejército por los puentes de Bormida; pues habia dos cubiertos por una misma cabeza de puente, á pesar de los falsos avisos dados al general Bonaparte; que el general Ott á la cabeza de diez mil hombres mitad de caballeria mitad de infanteria, desembocaria en el Bormida, y tomando la izquierda se encaminaria



hacia una aldea llamada Castel-Ceriolo; que los generales Haddick y Kaim á la cabeza del grueso del ejército con cerca de veinte mil hombres, se apoderarian de la aldea de Marengo, que da entrada al llano, y en fin que el general Oreilly con cinco ó seis mil soldados, tomara la derecha, subiendo á lo largo del Bormida. Numerosa artillería habia de apoyar aquel movimiento. A espaldas de Alejandria y junto al camino de Acqui quedó un destacamento considerable, especialmente de caballería, para observar á las tropas de Suchet, sobre cuya llegada circulaban vagas noticias.

Ya hemos descrito aquella vasta llanura de Marengo, atravesada en toda su estension por la carretera de Alejandria á Plasencia, y que se halla encerrada entre el Scrivia y el Bormida. Los franceses, viniendo de Plasencia y del Scrivia encontraban primero á San Giuliano, despues á tres cuartos de legua mas adelante á Marengo, que tocaba casi en el Bormida, y formaba el punto principal que el ejército austriaco habia de conquistar para la salida de Alejandria. Entre San Giuliano y Marengo se prolongaba en linea recta el camino que iba á ser disputado, y por cada uno de sus lados se estendia una llanura cubierta de mieses y viñedos. Mas abajo de Marengo, á la derecha de los franceses y á la izquierda de los austriacos, se hallaba Castel-Ceriolo, pueblo estenso por donde tenia que pasar el general Ott, á fin de sortear las tropas del general Victor que estaba situado en Marengo. Por tanto, contra este pueblo iba á dirigirse el principal ataque de los austriacos, puesto que servia de entrada á la llanura.

Al rayar el dia pasó el ejército austriaco los dos puentes del Bormida; pero su operacion fué lenta, porque para desembocar no habia mas que una cabeza de puente. Oreilly fué el primero que pasó y encontró á la division de Gardanne, la cual habia avanzado, segun órdenes del general Victor despues de haber ocupado á Marengo. Esta division estaba solo formada de la 101.<sup>a</sup> y 44.<sup>a</sup> medias brigadas. Apoyado Oreilly por numerosa artillería y con duplicadas fuerzas, la obligó á replegarse y encerrarse en Marengo. Afortunadamente no se arrojó detras de ella: y esperó á que el centro mandado por el general Haddick, pudiera sostenerle. La lentitud de la marcha por el desfiladero formado por los puentes, hizo perder dos ó tres horas á los austriacos. En fin los generales Haddick y Kaim desplegaron sus fuerzas á espaldas de Oreilly, y el general Ott pasó estos mismos puentes para encaminarse á Castel-Ceriolo.

El general Victor reunió inmediatamente sus dos divisiones para defender á Marengo, y envió á decir al primer consul que el ejército austriaco avanzaba en masa con intencion evidente de dar la batalla.

Un obstáculo del terreno vino á secundar muy oportunamente el valor de nuestros soldados. Delante de Marengo entre los austriacos y franceses habia un arroyo profundo y cenagoso, llamado el Fontanona, el cual corria entre Marengo y el Bormida, desaguando en este mismo rio un poco mas abajo. Victor colocó hacia su derecha, es decir, en la aldea de Marengo las 101.<sup>a</sup> y 44.<sup>a</sup> medias brigadas mandadas por el general Gardanne, á la



izquierda de la aldea las 24.<sup>a</sup> 43.<sup>a</sup> y 96.<sup>a</sup> al mando del general Chambarlhac; y algo mas á la espalda al general Kellermann con la 20.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup> y 8.<sup>a</sup> de caballería y un escuadrón de la 12.<sup>a</sup> El resto de esta fué enviado al Bormida superior para observar los movimientos lejanos del enemigo.

El general Haddick avanzó hácia el arroyo protegido por veinte y cinco piezas de artillería que causaban mucho daño á los franceses. Arrojóse con valentía al cauce del Fontanona á la cabeza de la división de Bellegarde. Dejando el general Ribaud, el abrigo de la aldea con las 44.<sup>a</sup> y 101.<sup>a</sup> medias brigadas, se puso á disparar á boca de jarro contra los austriacos que pugnaban por desembocar en aquel punto, trabándose entre ambas fuerzas á lo largo del Fontanona una de las mas encarnizadas refriegas. Haddick embistió reiteradas veces; pero manteniéndose firme el general Ribaud bajo las baterías de los austriacos, contuvo con un fuego de mosquetería ejecutado desde muy cerca al cuerpo de Haddick rechazándole en desorden al otro lado del arroyo. El desgraciado general Haddick recibió una herida mortal y sus soldados se retiraron. Mr. de Melas mandó entonces avanzar á las tropas del general Kaim, y á O'Reilly seguir á lo largo el Bormida, subir por su orilla hasta un sitio llamado la Stortigliona, para dar sobre nuestra izquierda una carga con la caballería de Pilati; pero en aquel instante se encontraba á caballo el general Kellermann á la cabeza de su división de caballería observando el movimiento de los escuadrones enemigos; y Lannes, que habia pernoctado á la derecha de Victor en la llanura, acababa de

entrar en línea entre Marengo y Castel-Ceriolo. Los austriacos, pues, hicieron otro esfuerzo: alineadas las divisiones de Gardanne y Chambarlhac en semicírculo, alrededor del cauce semicircular del Fontanona se hallaban en buena situación para hacer un fuego convergente sobre el punto de ataque, y destrozaron con el fuego de su mosquetería á las tropas del general Kaim. Entre tanto subiendo mas arriba el general Pilati, habia logrado pasar el Fontanona á la cabeza de dos mil caballos. El valiente Kellermann que en aquella jornada añadió muchos títulos á las glorias de Valmy unidas á su nombre, cayó sobre los escuadrones de Pilati, desde el momento en que intentaron desembocar por aquel punto, y los acuchilló precipitándolos en el fangoso cauce de aquella escasa corriente de agua que el arte no hubiera podido trazar mejor para proteger la posición de los franceses.

En aquel momento, aun cuando nuestro ejército sorprendido no tenia en línea mas que los dos cuerpos de Victor y Lannes, es decir, de quince á diez y seis mil hombres para resistir á treinta y seis mil poco mas ó menos, sin embargo, gracias á la falta cometida la víspera por los austriacos de no haber ocupado á Marengo, falta que por otra parte les habia proporcionado ventajas, puesto que indujo á error al general Bonaparte, nuestro ejército habia tenido tiempo de esperar á su gefe y á las reservas que habian quedado á retaguardia, ó sido enviadas al camino de Novi.

Tal era el estado de las cosas, cuando decidido Mr. de Melas á hacer los últimos esfuerzos para salvar el honor y la libertad de su ejército, y per-



fectamente secundado por sus soldados, veteranos todos y ensobrecidos por las victorias de la campaña precedente, mandó acometer otra vez la línea francesa. El general Ott, que había empleado mucho tiempo en desfilar, comenzaba á hallarse en disposicion de operar á la izquierda de los austriacos. Manióbró para sortearnos, atravesó á Castel Ceriolo, y envolvió al general Lannes que situado al lado de Victor entre Marengo y Castel-Ceriolo, formaba la derecha de nuestra línea. Mientras la columna del general Ott ocupaba la atencion de Lannes, reunidos los cuerpos de Oreilly, Haddick y Kaim se dirigieron de nuevo sobre el Fontanona enfrente de Marengo, apoyando todos sus movimientos una formidable artillería. Los granaderos de Lattermann entraron en el arroyo, lo pasaron y treparon á la opuesta orilla. La division de Chambarlhac colocada á la izquierda y á los flancos de los granaderos austriacos, hizo contra ellos un fuego mortífero. No obstante, un batallon de aquellos granaderos consiguió mantenerse firme al otro lado del Fontanona, redoblando Mr. de Melas el cañoneo contra la division de Chambarlhac, que no estaba protegida por las casas del pueblo, como la que defendia á Marengo. Entre tanto los gastadores austriacos construyeron á toda prisa un puente de caballetes, saliendo entonces el valiente Rivaud de la aldea de Marengo á la cabeza de la 44.<sup>a</sup> y marchando contra los sitiadores á pesar de la metralla, iba ya á precipitarlos en el Fontanona, cuando horribas descargas de artillería contuvieron á la 44.<sup>a</sup> rendida ya por aquella lucha obstinada en que el mismo Rivaud quedó herido. Aprove-

chando aquel momento los granaderos de Lattermann, avanzaron en masa y penetraron en Marengo. Rivaud, cubierto todo de sangre, se puso otra vez á la cabeza de la 44.<sup>a</sup>, dió una vigorosa carga contra aquellos granaderos y los arrojó fuera de Marengo; pero recibido por un fuego espantoso de artillería, apenas dejó el abrigo de las casas, no pudo obligarles á pasar otra vez el arroyo que tan bien había protegido hasta entonces á nuestro ejército. Debilitado por la sangre que perdió aquel valiente oficial y sosteniéndose apenas, tuvo que resignarse á dejarse conducir lejos del campo de batalla. Por tanto los granaderos austriacos se mantuvieron en la posicion que acababan de conquistar. En aquel mismo instante fué casi destruida la division de Chambarlhac, que como ya hemos dicho, no estaba protegida por ningun abrigo y recibia la metralla á cuerpo descubierto. El general Oreilly rechazó á la 96.<sup>a</sup> situada á nuestro extremo izquierdo, y desde entonces comenzó á envolverla. Hacia la derecha Lannes, que solo había tenido que habérselas al principio con el cuerpo de el general Kaim, estaba á punto de arrollarle sobre el cauce del Fontanona, cuando se vió acometido de repente por el general Ott, desembocando de Castel-Ceriolo con numerosa caballería. Estériles fueron las brillantes cargas dadas por la brigada de caballería de Champeaux, situada á retaguardia del cuerpo de Lannes, así como por la de Kellermann á retaguardia del cuerpo de Victor. El infortunado Champeaux fué mortalmente herido. Desamparado nuestro ejército por sus dos alas y separado de aquel punto de Marengo á que tan fuertemente se adhirió al principio, ya no se ha-



llaba capaz de sostenerle, y corría peligro de verse lanzado á la llanura que tenía á la espalda, donde no podía protegerle ningun apoyo contra doscientos cañones y una inmensa caballería.

Eran las diez de la mañana: habia sido horrible la carnicería, y una masa considerable de heridos obstruía el camino entre Marengo y San Giuliano. Abrumadas ya por el número de sus contrarios algunas tropas de Victor se retiraban en desorden gritando que todo estaba perdido. Lo estaba efectivamente, si no llegaba un refuerzo de tropas nuevas, que no estuviesen rendidas de cansancio, y sobre todo si no las dirigía un capitán capaz de recuperar la victoria.

Advertido el general Bonaparte de que el ejército austriaco, lejos de escapársele como temía, le sorprendía en aquella llanura de Marengo que el día anterior estaba tan desierta, corrió á ella desde Torre-di-Garofolo, bendiciendo la feliz avenida del Scrivia que le habia impedido ir á pernoctar á Voghera. Traía consigo la guardia consular, tropa poco numerosa, pero de valor incomparable, la cual vino á ser posteriormente la guardia imperial; traía la division de Monnier, compuesta de tres medias brigadas escelentes, y seguíale á poca distancia una reserva de dos regimientos de caballería, y por último enviaba á Desaix órden de marchar aceleradamente sobre San Giuliano.

Al frente de aquellas reservas el primer consul llevo á galope al campo de batalla. Encuentra á Lannes envuelto á la derecha por la infantería y caballería del general Ott, procurando sin embargo sostenerse á la izquierda en las cercanías

de Marengo; á Gardanne defendiéndose todavía en los vallados de aquella aldea, objeto de una lucha tan encarnizada, y por el otro lado á la division de Chambarlhac derrotada y dispersándose bajo el fuego de los austriacos.

En vista de aquel espectáculo calcula con su talento extraordinario y acreditada prevision en los lances de la guerra, lo que conviene hacer para restablecer la suerte de aquella jornada. Destrozada ya su izquierda se halla en una verdadera derrota, pero su derecha está solamente amenazada y se mantiene todavía; por tanto necesario es socorrerla. Situándola en Castel-Ceriolo, tendrá un punto de apoyo en medio de aquella vasta llanura, y sirviéndole de ege su ala repuesta y animada, podía traer su ala vencida á la espalda para ponerla á salvo de los tiros del enemigo; y aunque por este movimiento perdiese el camino principal que va de Marengo á San Giuliano, seria muy reparable el mal, porque detrás de su nueva posición hay otro camino que va á Salé, y de Salé á las orillas del Pó, quedándole así asegurada la línea de retirada hácia Pavia. Situado ademas á la derecha del llano, coge de flanco á los austriacos, los cuales tendrán que empeñarse en la carretera de Marengo á San Giuliano si quieren aprovecharse de la victoria.

Hechas estas reflexiones con la rapidez del rayo el general Bonaparte ejecuta al punto el proyecto que acaba de concebir. Manda que avancen por la llanura á la derecha de Lannes los ochocientos granaderos de la guardia consular con órden de contener á la caballería austriaca, esperando la llegada de las tres medias brigadas



de Monnier. Formados en cuadro aquellos valientes soldados reciben con admirable sangre fría las cargas de los dragones de Lobkowitz y permanecen inmóviles entre los reiterados asaltos de multitud de ginetes. Algo á su derecha, manda el general Bonaparte que se dirijan hácia Castel-Ceriolo dos medias brigadas de Monnier llegadas en aquel momento. Guiadas por el general Carra-Saint-Cyr, marchan adelante, y ora pronto formadas en cuadro para contener la caballería, ora en columna de ataque para embestir á la infantería, logran recobrar el terreno perdido, y situarse en los vallados y jardines de Castel-Ceriolo. Al mismo tiempo el general Bonaparte á la cabeza de la 72.<sup>a</sup> viene á sostener la izquierda de Lannes mientras que Dupont jefe de estado mayor va á reunir á retaguardia los restos del cuerpo de Victor perseguidos por los caballos de Oreilly, pero protegidos por Murat con la reserva de caballería. La presencia del primer consul y la vista de las gorras de pelo de sus guardias de á caballo reaniman á sus tropas, y vuelve á trabarse la batalla con nueva furia. El valiente Watrin, del cuerpo de Lannes, rechaza á la bayoneta hácia el Fontanona con la 6.<sup>a</sup> de línea y la 22.<sup>a</sup> á los soldados de Kaim. Entusiasmando Lannes á la 40.<sup>a</sup> y la 28.<sup>a</sup> con el fuego de su alma heroica empuja á ambas contra los austriacos. Donde quiera se lidia con encarnizamiento en aquella inmensa llanura. Gardanne aspira á reconquistar á Marengo; Lannes trata de apoderarse del arroyo que tanto habia protegido al principio á nuestras tropas; y los granaderos de la guardia consular, formados siempre en cuadro como una ciudadela

viva en medio de aquel campo de batalla, llenan el vacío entre Lannes y las columnas de Carra-Saint-Cyr, que ocupaban las primeras casas de Castel-Ceriolo; pero el baron de Melas guiando con el arrojo de la desesperacion á sus tropas reunidas en Marengo, sale al fin del pueblo, rechaza á los soldados estenuados de Gardanne, que en vano se guarecen con todos los obstáculos. Oreilly acabó de destrozar á metrallazos á la division de Chambarlhac que continuaba recibiendo á cuerpo descubierto los disparos de una inmensa artillería.

Ya no hay medio de sostenerse y es preciso ceder el terreno. El general Bonaparte manda cederlo poco á poco mostrando gran presencia de ánimo; pero mientras su izquierda falta de apoyo, por haber perdido á Marengo, retrocede rápidamente hasta San Giuliano, donde vá á buscar un abrigo, continúa ocupando la derecha del llano, y se defiende lentamente, gracias al punto de Castel-Ceriolo, á la energía de la guardia consular, y sobre todo á los inauditos esfuerzos de Lannes. Mientras éste se sostiene á la derecha, el primer consul conserva una línea de retirada segura por Salé hácia las orillas del Pó; y si Desaix, que se habia dirigido á Novi el dia antecedente, regresa á tiempo puede reconquistar el campo de batalla é inclinar á su parte la victoria.

En aquel momento es cuando Lannes y sus cuatro medias brigadas hacen esfuerzos dignos de los homenajes de la posteridad. El enemigo que ha salido en masa de Marengo á la llanura, vomita por ochenta bocas de fuego una granizada de balas y de metralla. Lannes al frente de estas



cuatro medias brigadas emplea dos horas en andar tres cuartos de legua. Cuando el enemigo se acerca y le acosa demasiado, se detiene y lo carga á la bayoneta. Apesar de hallarse desmontada su artilleria, algunas piezas ligeras enganchadas á los mejores caballos y servidas con tanta habilidad como audacia, auxilian con su fuego á las medias brigadas, perseguidas muy de cerca, y se atreven á ponerse en bateria enfrente de la formidable artilleria austriaca. La guardia consular, á la que no han podido poner en desorden las muchas cargas de caballeria, se vé ahora atacada á cañonazos. Procuran batirla en brecha, como una muralla, y en seguida lanzan contra ella los caballos de Frimont, sufre pérdidas sensibles y retrocede, pero sin romperse. Carra-Saint-Cyr se repliega tambien y abandona á Castel-Ceriolo, conservando sin embargo su último apoyo en los viñedos detrás de la aldea. Quedamos á pesar de todo dueños del camino de Castel-Ceriolo á Salé. Por todas partes presenta la llanura un vasto campo de carniceria, donde el fuego de las explosiones se agrega al de la artilleria, porque Lannes hace volar las cajas de municiones que no puede llevar consigo.

Ya ha transcurrido la mitad del dia. Mr. de Melas cree al fin conseguir la victoria comprada á tan subido precio. Este anciano, que á lo menos por su valor se muestra digno de su adversario en aquella jornada memorable, entra en Alejandria estenuado de fatiga. Deja el mando á su gefe de estado mayor, Mr. de Zach, y despacha correos á toda Europa para anunciar su victoria y la derrota del general Bonaparte en Marengo. Este gefe

de estado mayor, encargado del mando, forma entonces el grueso del ejército austriaco en columna de marcha, en la carretera de Marengo á San Giuliano. Coloca á la cabeza dos regimientos de infanteria, en seguida la columna de granaderos de Lattermann y despues los bagages: sitúa á la izquierda el general O'Reilly y á la derecha á los generales Kaim y Haddick y se esfuerza por ganar de este modo aquel camino real de Plasencia, objeto de tantos esfuerzos y salvacion del ejército austriaco.

Son las tres de la tarde: si no sobreviene algun otro incidente, puede considerarse como perdida la batalla para los franceses, salvo si logran reparar al siguiente dia el descalabro de aquella jornada, con las tropas que bajen del Tessino y del Adda sobre el Pó. Sin embargo queda todavia Desaix con toda la division de Boudet: ¿llegará á tiempo?... tal es la condicion de que depende el éxito de la batalla. Los ayudantes de campo del primer consul habian corrido en su busca desde por la mañana; pero mucho antes de que lograsen alcanzarle, habia mandado Desaix hacer alto al oír el primer cañonazo disparado en la llanura de Marengo, deduciendo de esto que el enemigo que se le enviaba á buscar á Novi, camino de Génova se hallaba en el mismo Marengo. Inmediatamente despachó á Savary con algunos centenares de caballos sobre Novi para averiguar lo que allí ocurría, quedándose con su division á la expectativa y oyendo siempre los cañonazos de los austriacos y franceses que no cesaban de resonar en direccion del Bormida. Como Savary no encontrase á nadie en las cercanias de Novi, confir-



móse Desaix en su acertada conjetura, y sin mas demora marchó sobre Marengo, mandando que le precedieran muchos ayudantes de campo para anunciar su llegada al primer consul. Caminó durante todo el día y á las tres de la tarde en efecto empezaban á asómar las cabezas de sus columnas por la entrada del llano en las inmediaciones de San Giuliano; y adelantándose él mismo á ellas á galope corrió cerca de la persona del primer consul. Feliz inspiracion de un lugar-teniente tan entendido como leal! Venturosa suerte de la juventud! Si quince años mas tarde hubiese encontrado el primer consul, entonces tan bien secundado por sus generales, un Desaix en el campo de batalla de Waterloo, habria conservado el imperio, y la Francia su posicion dominadora entre las potencias de Europa!

La presencia de Desaix va á cambiar el aspecto de las cosas. Le rodean, le refieren lo ocurrido en la jornada, los generales forman corro en torno suyo y del primer consul y discuten acaloradamente sobre aquella situacion tan grave. Casi todos opinan por la retirada. No participa el primer consul de esta opinion, é invita encarecidamente á Desaix á que emita la suya. Tendiendo este su vista hácia el devastado campo de batalla saca su reloj, mira la hora y responde al general Bonaparte con estas sencillas y nobles palabras: «Si, la batalla está perdida; pero no son mas que las tres de la tarde y todavia nos queda tiempo de ganar una hora.» Encantado el general Bonaparte del dictamen de Desaix se dispone á aprovechar los recursos que le trae este general y las ventajas que le asegura la posicion tomada desde

aquella mañana. Hállase en efecto á la derecha de la llanura, mientras el enemigo ocupa la izquierda en columna de marcha sobre el camino real avanzando hácia San Giuliano. Llegando Desaix por este punto con seis mil hombres de tropas descansadas, y cayendo de frente sobre los austriacos, puede detenerlos mientras reunido el grueso del ejército los acomete por el flanco. Inmediatamente se dan las disposiciones convenientes para la realizacion de este proyecto.

Las tres medias brigadas de Desaix se hallan formadas delante de San Giuliano y un poco á la derecha del camino real: la 30.<sup>a</sup> desplegada en línea, la 9.<sup>a</sup> y la 59.<sup>a</sup> y en columna cerrada sobre las alas de la primera: ocúltalas á la vista del enemigo una leve ondulacion del terreno, á su izquierda se encuentran reunidos y un poco recobrados los restos de las tropas de Chambarlhac y Gardanne, mandadas por el general Victor; á su derecha en la llanura Lannes, que ha interrumpido su movimiento de retirada; despues la guardia consular, y en seguida Carrasaint-Cyr que se ha sostenido lo mas cerca posible de Castel-Ceriolo. Así forma el ejército una línea larga oblicua desde San Giuliano á Castel-Ceriolo. Entre Desaix y Lannes y algo á la espalda está colocada la caballeria de Kellermann. Al frente del cuerpo de Desaix se ve diseminada una bateria de doce piezas, único resto de toda la artilleria del ejército.

Dadas estas disposiciones, el primer consul recorre á caballo las filas de sus soldados y dirige la palabra á los diferentes cuerpos.—Amigos míos, les dijo, basta ya de retroceder: no olvideis